

Maja M. Andrijević¹
Universidad de Kragujevac
Facultad de Filología y Artes
Departamento de Estudios Hispánicos
 ORCID 0000-0001-9251-9659

LENGUAS CRIOLLAS DE BASE ESPAÑOLA: ¿CICATRICES COLONIALES O MANIFESTACIONES DE LA DECOLONIZACIÓN LINGÜÍSTICA?²

El presente artículo tiene como objetivo analizar las lenguas criollas de base española como fenómenos sociolingüísticos y culturales complejos, donde se entrecruzan huellas coloniales con procesos de transculturación, hibridación y decolonización. Surgidos en contextos coloniales marcados por la interacción forzada entre pueblos, lenguas y culturas, estos sistemas lingüísticos han sido interpretados tanto como vestigios de un pasado de dominación como expresiones de resiliencia y resignificación cultural. A partir de los marcos teóricos de la transculturación (Ortiz, 1940), la hibridación (García Canclini 1990) y la decolonialidad (Quijano 2000; Mignolo 2007; Walsh 2009; Veronelli 2016; Mignolo & Walsh 2018), se indaga si dichas lenguas deben entenderse como meras cicatrices del colonialismo —marcas de imposición, desplazamiento y resistencia— o como manifestaciones vivas de la pluriversalidad y decolonización lingüística, en tanto que sistemas autónomos que reconfiguran el legado imperial desde la periferia. El análisis se centra en tres casos paradigmáticos: el papiamentu, hablado en las Antillas Neerlandesas, el palenquero, desarrollado en Colombia y el chabacano, elaborado en Filipinas, evidenciando la diversidad y complejidad de sus procesos de formación y preservación. Se propone una lectura decolonial que desafía las visiones tradicionales que los reducen a sistemas simplificados o cicatrices coloniales, reclamando su autonomía, riqueza expresiva y su papel como vehículos identitarios en contextos postcoloniales. Desde una perspectiva crítica, este trabajo busca también contribuir a la desmitificación de prejuicios lingüísticos sobre las lenguas criollas y fomentar un enfoque que valore la

1 maja.andrijevic@filum.kg.ac.rs

2 Истраживање спроведено у раду финансирало је Министарство науке, технолошког развоја и иновација Републике Србије (Уговор о преносу средстава за финансирање научноистраживачког рада запослених у настави на акредитованим високошколским установама у 2026. години број: 451-03-34/2026-03/ 200198.).

pluralidad linguo-cultural y la epistemología fronteriza, que intenta reivindicar los saberes subalternos.

Palabras clave: lenguas criollas, palenquero, papiamento, chabacano, transculturación, hibridación, decolonización lingüística, pluriversalidad, epistemología fronteriza

Introducción

La expansión imperial española entre los siglos XVI y XIX generó múltiples escenarios de contacto lingüístico que no solo se limitaron a crear préstamos o variaciones, sino que condujeron a la formación de nuevas lenguas. En determinados contextos sociohistóricos —particularmente en zonas portuarias, plantaciones y espacios de comercio interétnico— este contacto dio lugar a procesos de criollización lingüística (Lipski 2005), cuyo resultado fueron lenguas que, pese a tener una base léxica mayoritariamente española, incorporaron estructuras gramaticales, fonológicas y semánticas procedentes de sus lenguas de origen: africanas, indígenas o asiático-austronesias.

Las lenguas criollas de base española —como el papiamento en el Caribe insular, el palenquero en Colombia y el chabacano en Filipinas— constituyen manifestaciones lingüísticas profundamente marcadas por los procesos históricos de colonización, esclavización y resistencia cultural. Surgidas en contextos de opresión colonial, migración forzada y contacto desigual entre diferentes lenguas y culturas, estas variedades lingüísticas han sido tradicionalmente vistas como “lenguas menores” o “corruptas” y evidencias de la violencia simbólica y la subordinación cultural (García de León 2014; DeGraff 2005), por lo que se pueden considerar “cicatrices coloniales”. Sin embargo, una mirada crítica, desde un enfoque decolonial³, revela que estos criollos no solo conservan huellas del trauma colonial, sino que también encarnan la capacidad creativa de los pueblos subordinados para reapropiarse del lenguaje, reajustar el poder lingüístico, legitimar identidades propias y construir formas personales de comunicación y memoria (Mignolo & Walsh 2018).

3 En este artículo se ha optado por emplear los términos “decolonización” y “decolonial” en lugar de las variantes “descolonización” y “descolonial”, siguiendo la propuesta conceptual de Walter Mignolo. En su obra *La idea de América Latina* (2007: 25), el autor desarrolla la teoría decolonial y plantea la “decolonización del conocimiento y del ser” como eje crítico frente a la colonialidad persistente. Mientras que los términos con “s” suelen referirse principalmente a procesos de liberación territorial y política, la versión sin “s” apunta a una transformación más profunda, vinculada a la pluriversalidad y a la desobediencia epistémica.

Por ende, este artículo propone enfocar las lenguas criollas de base española desde una perspectiva decolonizadora, como formas activas de resistencia, reivindicación y de adaptación e hibridación lingüística creativa. Para ello, se abordarán los procesos históricos que dieron origen a estas lenguas, así como las dinámicas socio-culturales que han influido en su evolución, estigmatización y revitalización. Se buscará superar los enfoques meramente descriptivos o folklorizantes que consideran a las lenguas criollas únicamente como productos pasivos de la dominación colonial con una fuerte estigmatización lingüística, y se adoptará una mirada crítica que reconozca en estas variedades no solo las huellas del trauma colonial, sino también la capacidad de los pueblos subordinados para transformar y reestructurar el idioma del colonizador en una herramienta propia, legítima, significativa y adaptada a sus necesidades comunicativas, culturales y sociales. En este sentido, desde una óptica decolonizadora, se explorará cómo estas lenguas encarnan procesos de decolonización del saber y del lenguaje y cómo los pueblos históricamente subordinados han sido capaces de reconfigurar el mundo desde sus propios horizontes culturales, crear su peculiar epistemología fronteriza y abrir espacios interculturales para el reconocimiento de saberes y prácticas lingüísticas no hegemónicas, desafiando así las jerarquías epistémicas impuestas por la colonialidad.

En los capítulos que siguen, abordaremos el origen de las lenguas criollas, su prolongada estigmatización y su análisis desde una perspectiva decolonial, apoyándonos en las herramientas que serán expuestas en la sección teórico-metodológica. Este recorrido culminará con una revisión del estado actual de las lenguas criollas de base española, demostrando que su supervivencia y revitalización no implican únicamente la preservación lingüística, sino también la protección de la diversidad cultural y la memoria colectiva de sus comunidades.

Formación de las lenguas criollas

La gestación de las lenguas criollas en general ha sido abordada desde diversas perspectivas, destacándose el papel fundamental del contacto intenso entre grupos humanos con distintas lenguas y culturas, en contextos marcados por relaciones desiguales de poder y coerción (Holm 2000; Mufwene 2001). Durante el periodo de la esclavitud y la colonización, las poblaciones africanas, indígenas, asiáticas y europeas interactuaron en entornos donde la comunicación era imprescindible para la supervivencia, pero las condiciones sociales impedían la adquisición plena y libre de la lengua dominante. En ese contexto, surgieron

sistemas lingüísticos con bases léxicas europeas, pero con gramáticas y fonologías influenciadas por las lenguas maternas de los hablantes subalternos.

Una lengua criolla nace como resultado de un contacto lingüístico prolongado entre culturas que no comparten una lengua común, generalmente en contextos coloniales y de esclavitud, cuando comunidades con idiomas distintos tienen la necesidad de comunicarse en situaciones de dominación y desplazamiento cultural. A diferencia de los pidgins, que son sistemas lingüísticos auxiliares, temporales y simplificados (con vocabulario limitado y estructuras gramaticales reducidas), usados como herramientas funcionales para la comunicación básica entre comunidades lingüísticas diferentes, las lenguas criollas sí tienen hablantes nativos, poseen una gramática estable y compleja (Holm 2000) y combinan elementos de una lengua dominante (como el español, francés o inglés) con estructuras de lenguas subordinadas. En los criollos de base española, el léxico proviene mayoritariamente del español, mientras que la gramática refleja influencias de lenguas africanas, indígenas o austronesias, dependiendo del contexto histórico, lo que da lugar a sistemas únicos y autónomos.

Cuando un pidgin sin hablantes nativos comienza a usarse como lengua materna por una comunidad —es decir, cuando niños crecen aprendiendo ese sistema lingüístico como primera lengua— el pidgin se complejiza, convirtiéndose en un criollo. Este proceso dinámico y adaptativo implica una expansión gramatical, enriquecimiento del vocabulario, desarrollo de normas fonológicas y sintácticas propias, junto con la capacidad de expresar conceptos complejos y variados y de cumplir funciones comunicativas mucho más amplias. Según Mufwene (2001), el criollo es un idioma completo, resultado, en general, de un proceso de la nativización de un pidgin, que transforma un sistema funcionalmente limitado en una lengua autónoma y natural. Sin embargo, el mismo autor destaca que no todas las lenguas de contacto siguen esta evolución; la formación de un criollo depende sobre todo de factores sociales, demográficos y políticos, como el tamaño y aislamiento de la comunidad hablante, el grado de contacto con la lengua fuente y las condiciones de dominación y resistencia cultural, lo que explica su variedad y la riqueza estructural (Mufwene 2001). Vistas de esa manera, las lenguas criollas son sistemas lingüísticos plenos y diversos, producto de procesos históricos complejos y de los encuentros interétnicos e interlingüísticos, que reflejan la creatividad y resiliencia humana ante situaciones de desplazamiento y opresión. García León (2014: 54) subraya que lo que permite distinguir entre un pidgin y un criollo es la práctica lingüística de los hablantes: “un pidgin es una lengua secundaria en una comunidad de habla y el

criollo es una lengua principal, con o sin nativización”, o sea, el criollo asume un rol central en la vida comunicativa de sus hablantes; el mismo autor cita a Patiño Rosselli (2002), que destaca que estas lenguas no forman parte de una trayectoria de evolución lingüística, sino que se originan en determinados lugares y momentos y que su surgimiento se produce siempre en un marco sociohistórico caracterizado por el encuentro con una lengua y cultura diferentes, o sea, gracias al “desarrollo lingüístico violento”, originado por los problemas de comunicación al que se vieron enfrentadas las comunidades que entraron en contacto.

La formación de los pidgins y criollos presenta el caso más extremo del contacto lingüístico, donde suelen estar presentes dos o más lenguas que conjuntamente toman parte en su creación. Una de las lenguas adquiere la posición de lengua dominante, debido a que representa al grupo social más numeroso o más fuerte o bien porque cubre altas funciones sociales. Almeida (2003), menciona que a esta lengua se le conoce como la lengua de superestrato, lengua lexicadora o lengua dominante. Según el autor mencionado, ésta proporciona el léxico a las nuevas lenguas que se van a crear, mientras que las lenguas de sustrato, que representan a los grupos sociales de menor peso en la sociedad en la que se da la coexistencia de diversos idiomas, aportan los materiales lingüísticos en relación con la fonología y la morfosintaxis. De esta manera, las lenguas criollas cuentan con elementos de las lenguas nativas (sustrato), de las lenguas dominantes - por lo general europeas (superestrato) - y algunas veces de las lenguas con que han convivido o conviven (adstrato). Sin embargo, no se pueden limitar a la suma de estas lenguas, ya que se deben más a una reorganización de sus elementos constitutivos o a un “proceso de reajuste e innovación”, que ha dado como resultado tres características principales: estructuras silábicas sencillas, organización analítica: separación de funciones gramaticales en palabras o partículas independientes y vocabulario derivado en gran parte de una lengua colonizadora - todo ello sin restarles su funcionalidad y eficacia comunicativa (García León 2014: 57). Hay que subrayar también que la relación entre la lengua europea lexicadora y los criollos no es de carácter genealógico, sino de suministro de vocabulario y de algunos elementos gramaticales; según ello, García León (2014: 55) destaca que existen criollos de diferente base léxica en América, África, Asia y Oceanía, siendo la región del Caribe el lugar donde se concentra su mayor número. Holm (2000), desde un enfoque tipológico y estructural, desarrolla una de las clasificaciones más extendidas que también se basa en el lexicador o la lengua de la que proviene la mayor parte del vocabulario, y las

divide en lenguas criollas de base portuguesa, francesa, inglesa y española (que, según el autor, son menos numerosas y estudiadas que las demás, ya que tuvieron menos presencia en contextos donde se desarrollaron criollos estables). Por otro lado, Chaudenson (1977) clasifica los criollos en endógenos y exógenos, siguiendo la perspectiva sociohistórica, que se fundamenta en dos dimensiones clave: los datos demográficos —en particular, la proporción de descendientes de africanos y europeos en una región determinada— y la estructura socioeconómica de los contextos donde se produjo el contacto lingüístico. Los criollos endógenos surgieron en territorios donde las poblaciones no fueron desplazadas, sino que permanecieron en su territorio original. En estos casos, el comercio fue la base socioeconómica y el relativo mantenimiento de la homogeneidad étnica permitió la preservación de elementos culturales propios, dando lugar a lenguas criollas con fuerte arraigo local (por ejemplo, el chabacano en Filipinas). Este fenómeno puede entenderse como una forma de resistencia cultural, donde el contacto con lenguas europeas no implicó una ruptura total con las cosmovisiones originarias, sino una hibridación estratégica que permitió la continuidad identitaria. Por otro lado, los criollos exógenos se desarrollaron en contextos de desplazamiento forzado de población, como el caso de los africanos esclavizados en el Caribe. Allí, el sistema socioeconómico dominante fue el de las plantaciones, diseñado explícitamente para fomentar la aculturación y la fragmentación de sus identidades. Sin embargo, incluso en estos entornos de violencia estructural, las comunidades lograron crear lenguas nuevas que, aunque nacidas bajo condiciones de opresión, se convirtieron en vehículos de expresión cultural y resistencia epistémica (como es el caso del palenquero en Colombia o el papiamentu en las Antillas holandesas).

Hoy en día, con el desarrollo de la criollística⁴, el estudio de las lenguas criollas ha evolucionado hacia una valoración de su complejidad estructural

4 Uno de los debates más amplios en la criollística ha girado en torno al origen de las lenguas criollas. Existen varias hipótesis: 1) superstratista: los criollos derivan de variedades no estándar de lenguas europeas; 2) substratista: resalta la influencia de lenguas africanas y postula incluso un origen común en un afro-portugués del siglo XV; 3) universalista: Bickerton (1984) plantea que las similitudes entre criollos responden a un “bioprograma” innato del lenguaje humano, observable en procesos de adquisición en contextos de acceso restringido al superestrato. Sin embargo, estudios más recientes sugieren que ninguna perspectiva aislada es suficiente y que el origen de los criollos debe entenderse como un fenómeno multifactorial, resultado de contextos sociales específicos, procesos de adquisición y dinámicas históricas; ver más sobre este tema en García León (2014).

y su legitimidad como sistemas lingüísticos autónomos. No obstante, durante mucho tiempo fueron consideradas “degeneraciones” o simplificaciones⁵ de lenguas europeas hegemónicas (Hymes 1971; Migge, Léglise y Bartens 2010, cit. en García León 2014: 52; Bickerton 1984; McWhorter 2001), o sea tenían un fuerte estigma sociolingüístico. DeGraff (2005) critica esa idea muy extendida entre los lingüistas, llamada “la excepcionalidad criolla” (ing. *creole exceptionalism*), que plantea que los criollos son sistemas lingüísticos inherentemente deficientes o inferiores, en comparación con las lenguas coloniales europeas, consideradas “completas” o “normales”. DeGraff (2005) denuncia y desmonta este concepto como un mito peligroso, argumentando que las lenguas criollas no son “versiones simplificadas” o “defectuosas” de las lenguas coloniales - ni solo sus cicatrices, podríamos añadir aquí - sino sistemas lingüísticos plenamente funcionales con complejidad estructural (gramatical, fonológica y semántica) comparable a cualquier otra lengua natural, que emergieron de procesos históricos y sociales específicos de contacto lingüístico, evolución y creatividad humana. También añade que el prejuicio hacia los criollos se basa en estereotipos sociales y raciales más que en criterios lingüísticos objetivos y que esa percepción de inferioridad lingüística ha tenido consecuencias negativas para las comunidades que las hablan, incluyendo estigmatización y marginalización social. En resumen, DeGraff (2005) propone que los lingüistas y la sociedad en general abandonen el mito de la excepcionalidad criolla y reconozcan la legitimidad y riqueza de estas lenguas, respetando su papel como expresiones culturales completas y dinámicas, dignas de estudio y protección - idea en la que vemos reflejado un claro enfoque decolonial. Esta postura desafía la jerarquización lingüística tradicional y las visiones hegemónicas que subestimaron la creatividad y autonomía de las comunidades que hablan estas lenguas: por ejemplo, uno de los teóricos más influyentes en la criollística, Bickerton (1984), a través de su enfoque bioprogramático, sostiene que las lenguas criollas exhiben características estructurales simplificadas, derivadas de procesos de formación rápida en contextos de contacto forzado y que carecen de la complejidad funcional que poseen las lenguas plenamente desarrolladas. Sin embargo, esta visión ha sido cada vez más cuestionada por enfoques sociolingüísticos y decoloniales, que las valoran como sistemas lingüísticos autónomos, dinámicos y legítimos, reflejos de procesos de transculturación e hibridación. Adoptar una perspectiva

5 McWhorter (2001) por ejemplo afirma en el título de un artículo que las gramáticas más simples del mundo son las gramáticas criollas (“The world’s simplest grammars are creole grammars”).

decolonizadora implica valorar estas lenguas no sólo como objetos de estudio lingüístico, sino como manifestaciones vivas de resistencia cultural, memoria histórica y construcción identitaria. Además, para DeGraff (2005), reconocer su funcionalidad plena es fundamental para revertir procesos de exclusión social y valorar su papel como expresiones culturales y sociopolíticas de comunidades históricamente marginadas.

Este debate en torno a las lenguas criollas revela cómo las concepciones lingüísticas están profundamente entrelazadas con contextos históricos y sociopolíticos, dinámicas de poder y prejuicios coloniales y eurocentristas. Después de muchos años de estigmatización, la tendencia actual favorece una visión decolonizadora que valida la autonomía y riqueza de estos sistemas lingüísticos⁶. Holm (2000) destaca la creatividad lingüística humana como motor fundamental en la formación de los criollos, alejando la idea de que estos sean meras continuaciones de pidgins o lenguas incompletas. Asimismo, autores como Mufwene (2001) o Lipski (2005, 2012) subrayan que los criollos no son lenguas “simplificadas” ni “intermedias”, sino lenguas naturales y plenas, que evolucionaron rápidamente en ambientes de contacto, adquiriendo propiedades lingüísticas propias. Mufwene (2001) propone un enfoque evolutivo y ecológico donde los criollos surgen como productos legítimos de evolución lingüística en contextos coloniales únicos de contacto intenso, influenciados por factores sociales, económicos y demográficos. Este autor destaca que los criollos tienen gramáticas completas y funcionales, aunque diferentes de las lenguas europeas de base; la mezcla de diferentes elementos no implica desorden ni ruptura, sino una forma de evolución lingüística y reorganización estructural en función del contexto social; por lo tanto, no son “creaciones infantiles” ni reflejos de una gramática universal innata⁷, sino respuestas sociales dinámicas a situaciones

6 Aunque siguen existiendo debates e investigaciones empíricas que tratan de demostrar que los criollos son diferentes de otras lenguas, p. ej. el artículo de Bakker et al. (2011): Creoles are typologically distinct from non-creoles, *Journal of Pidgin and Creole Languages*, 26 (1): 5–42. Este artículo presenta una investigación empírica a gran escala sobre el estatus de las lenguas criollas como clase tipológica, basándose en muestras equilibradas de lenguas criollas y no criollas. Mediante modelos estadísticos y herramientas computacionales, los autores aportan evidencia de que las lenguas criollas forman un subgrupo estructuralmente diferenciable dentro de las lenguas del mundo. Por lo tanto, sus hallazgos cuestionan seriamente los enfoques que sostienen que las lenguas criollas son indistinguibles de las lenguas no criollas.

7 Se refiere a las ideas de Bickerton (1984): Mufwene (2001) considera que Bickerton generalizó a partir de pocos datos y que su modelo de la gramática universal innata ignora la variabilidad histórica y social de los criollos.

de contacto lingüístico que favorecía la creación de nuevas lenguas con reglas propias - incorporando elementos de múltiples sistemas lingüísticos que reflejan tanto resistencia como adaptación - y su posterior transmisión como lenguas maternas. A diferencia de visiones más estáticas o normativas del lenguaje, Mufwene ve la hibridación como un resultado natural, no como una desviación o corrupción de lenguas “puras” y esa mezcla entre lenguas genera adaptaciones, fusiones y transformaciones, como en la naturaleza misma. Para Lipski (2005, 2012), las lenguas criollas deben entenderse como resultados inherentes de procesos de contacto lingüístico, influenciados por las condiciones sociales específicas de la colonización y la esclavitud, pero no reducibles a meros pidgins o simplificaciones. En sus estudios, destaca cómo la estructura de estas lenguas refleja influencias de las lenguas africanas e indígenas, no solo en el léxico sino en la sintaxis, la fonología y la semántica, lo que demuestra un desarrollo lingüístico independiente y no subordinado. El mismo autor ha subrayado la importancia de contextualizar históricamente el surgimiento de estas lenguas, para entender sus particularidades y su desarrollo, pero considera que los criollos no sólo son productos históricos del contacto en contextos coloniales, sino también expresiones vivas de identidad cultural y de resistencia frente a la homogeneización lingüística y cultural impuesta por las potencias coloniales.

Respecto a los criollos de base española, Lipski (2004) aclara que en ningún caso son meras simplificaciones del español o sus dialectos, sino lenguas autónomas, que han convivido con la lengua española, produciéndose una penetración y una influencia mutua. Además, destaca que estos idiomas reflejan influencias profundas y sistemáticas de lenguas africanas y otras, en aspectos gramaticales, fonológicos y semánticos, evidenciando un desarrollo lingüístico autónomo y creativo.

“Los criollos hispánicos no son dialectos del español sino lenguas independientes, productos del mestizaje lingüístico y un proceso de transmisión interrumpida y reestructurada que rompe con los tradicionales modelos genealógicos de las lenguas indoeuropeas” (Lipski 2004: 461).

Lenguas criollas de base española

La expansión territorial de la Monarquía hispánica en los siglos XVI y XVII transformó radicalmente el paisaje lingüístico de vastas regiones del mundo. En América, la conquista y la colonización posterior implicaron el sometimiento lingüístico y cultural de diferentes poblaciones indígenas y la

importación masiva de esclavos africanos. En Asia, la presencia española en Filipinas desde 1565 estableció un enclave colonial que perduró hasta finales del siglo XIX y generó intensas relaciones sociales y comerciales. En estos contextos de dominación, surgieron situaciones de contacto lingüístico donde el español se impuso como lengua de administración, religión y comercio, pero que a la par hicieron posible la creación de nuevas variedades lingüísticas. Sin embargo, las lenguas criollas que emergieron en estos espacios no deben entenderse únicamente como productos de imposición, sino como resultados de procesos complejos de transculturación e hibridación —conceptos acuñados y desarrollados por Ortiz (1940) y García Canclini (1990) respectivamente— que describen la transformación y la mezcla mutua entre culturas y lenguas en contacto y no simplemente la sustitución de unas por otras, donde se produce una apropiación activa de elementos linguo-culturales ajenos.

Aunque el español fue la lengua dominante en los territorios colonizados, no se desarrollaron tantos criollos de base española como ocurrió con otras lenguas como el francés o el inglés. A diferencia de otras potencias coloniales, los españoles tenían un modelo de colonización más integrador y asimilador: promovían el mestizaje biológico y cultural y el aprendizaje del español entre las sociedades autóctonas y las poblaciones africanas esclavizadas. La evangelización también fomentaba el uso del español, que se mantuvo como lengua de poder y educación, lo que incentivó su aprendizaje reduciendo la necesidad de la creación de lenguas nuevas para comunicarse. También, las lenguas locales se mantuvieron como vehículos de comunicación (quechua, guaraní, náhuatl, aimara, lenguas mayas, lenguas filipinas), mientras que en contextos de plantación anglófonos o francófonos esas lenguas fueron rápidamente marginadas y sustituidas por criollos. Esto hizo que no se consolidaran tantas variedades criollas estables de base española: la gente saltaba del idioma local al español, sin pasar por un criollo. Los criollos suelen surgir en situaciones de contacto lingüístico muy intenso, abrupto y desigual, como, por ejemplo, en plantaciones esclavistas del Caribe. Sin embargo, en las colonias españolas continentales en el suelo americano o en las Islas Filipinas, el contacto fue más gradual, con sociedades urbanas y rurales mezcladas, donde se podía aprender español más directamente. También, la presencia de población autóctona mayoritaria hizo que hubiera más bilingüismo español-lengua local y menos necesidad de crear criollos. En suma, hay pocos criollos de base española porque el modelo colonial español promovía la integración lingüística, el mestizaje y la conservación de lenguas autóctonas, en lugar

de crear entornos de plantación extremos donde surgió la mayoría de criollos franceses, ingleses y portugueses (Holm 1988; Lipski 2004).

Lipski (2004: 465) destaca cuatro criollos de base española: (1) El papiamento, lengua vernácula de las Antillas Holandesas (Curazao, Aruba y Bonaire), que contiene elementos españoles y portugueses, además de unas contribuciones posteriores del idioma holandés; (2) El palenquero, la lengua nativa de la aldea afrocolombiana de San Basilio de Palenque; (3) El chabacano: según el autor, existen por lo menos tres variedades acriolladas del español en las Islas Filipinas, conocidas colectivamente como chabacano; (4) El español bozal: según muchos investigadores, era el español hablado por esclavos negros bozales (nacidos en África que hablaban variedades parcialmente adquiridas del español), que debió haberse convertido en una lengua criolla en Cuba, Puerto Rico y otras regiones del Caribe hispánico.

Teniendo en cuenta el panorama actual, en este artículo vamos a tratar solo los tres primeros criollos, ya que el bozal⁸ se encuentra extinto y no se registra en la mayoría de las clasificaciones de los criollos de base española (López Rodríguez 2019: 16-17). Holm (2000: 36) también menciona solo los tres primeros, abogando que los criollos de base española se desarrollaron en varias situaciones atípicas: entre los esclavos fugitivos del norte de Colombia (palenquero), en algunas islas del Caribe que los holandeses les arrebataron a los españoles (papiamento) y entre un grupo de euroasiáticos desplazados en Filipinas (chabacano).

Hablado en Aruba, Curazao y Bonaire, el papiamento es uno de los criollos más desarrollados y más valorados, con estatus oficial en estos territorios. Su gramática es más compleja en comparación con otros criollos de base española, reflejando influencias africanas, portuguesas y neerlandesas, debido al comercio marítimo y las interacciones coloniales (Martinus 1996; Munteanu 1996).

8 Lipski (2004; 2005) sugiere que el español bozal podría considerarse una forma de criollo de base española en formación (o semicriollo), ya que muestra rasgos típicos de criollización: reducción morfológica, simplificación de tiempos verbales, uso estable de estructuras no españolas, etc. Otros lingüistas como Holm (1988, 2000) prefieren verlo como una interlengua transitoria, no como criollo, porque no alcanzó transmisión intergeneracional estable, se extinguió con la desaparición del tráfico esclavista y la integración lingüística y no llegó a cristalizarse en una lengua autónoma con gramática propia como el palenquero, papiamento o chabacano. Ver más sobre este tema en Clements (2009). Algunos autores añaden a esta lista el yopará o jopara en el Paraguay (https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/mayo_18/16052018_01.htm) o el idioma chamorro, hablado como lengua cooficial en las antiguas colonias españolas de Guam e Islas Marianas del Norte (https://cvc.cervantes.es/lengua/iecibe/09_rodriguez-ponga.htm), pero en este artículo no los tomaremos en consideración.

Originario de Filipinas, el chabacano es el único criollo de base española en Asia, que combina vocabulario español con estructuras gramaticales de lenguas austronesias, como el tagalo y el cebuano. Comprende varios dialectos, incluyendo el zamboagueño, el caviteño y el ternateño (Quilis & Casado-Fresnillo 2008). El palenquero, desarrollado en la aldea colombiana de San Basilio de Palenque, es el único criollo de base española que sobrevive en el continente americano. Surgió de la interacción entre esclavos africanos y colonos españoles en el siglo XVII y su estructura gramatical muestra fuertes influencias de lenguas bantúes, particularmente en la morfología verbal y la construcción de oraciones (Schwegler 2020; Granda 1994), junto a un léxico predominantemente derivado del español con algunos elementos portugueses (Lipski 2012).

A pesar de compartir un origen común reflejado en la administración colonial española, cada uno de esos criollos evolucionó bajo condiciones geográficas y culturales distintas: el papiamento se desarrolló en un entorno de comercio marítimo caribeño, incorporando elementos neerlandeses y portugueses; el chabacano surgió en Filipinas dentro de un contexto colonial militar, comercial y religioso, resistiendo los cambios lingüísticos hacia el tagalo y el inglés; y el palenquero mantuvo su singularidad lingüística mediante la resistencia cultural y el aislamiento geográfico en San Basilio de Palenque, una comunidad fundada por esclavos africanos fugitivos. Sin embargo, según diversos estudios, las lenguas criollas de base española comparten algunas características comunes: a) simplificación morfológica: las conjugaciones verbales y los morfemas flexivos se reducen significativamente. Holm (2000) señala que este fenómeno es típico en el desarrollo de pidgins y criollos debido al contacto interlingüístico y la necesidad de comunicación simplificada; b) orden sintáctico SVO: predomina una estructura de oración sujeto-verbo-objeto, que refleja el español, pero con menor variabilidad sintáctica. Lipski (2005) destaca que esta estructura se mantiene incluso en casos de simplificación gramatical; c) léxico predominantemente español: el vocabulario es mayormente de origen español, aunque se evidencian préstamos de lenguas africanas, indígenas y austronesias. Holm (2000) y Granda (1994) enfatizan que esto refleja la dominación del español como lingua franca en contextos coloniales; d) reducción fonética: la pronunciación suele simplificarse, con frecuente elisión de consonantes finales y reducción de diptongos. Este fenómeno es particularmente evidente en el palenquero, como lo describe Lipski (2005, 2012).

A continuación, se presenta un panorama breve y general de estas lenguas criollas⁹ que tienen al español como lengua base, pero que han evolucionado de manera singular según sus respectivos contextos históricos, geográficos y socioculturales.

Papiamento

El papiamento es una lengua criolla hablada¹⁰ como lengua materna en las islas de Aruba, Bonaire y Curazao (conocidas como las islas ABC), situadas en el Mar Caribe, cerca de la costa venezolana, pero pertenecientes a los Países Bajos. López Rodríguez (2019: 17) destaca que “etimológicamente, papiamento procede de *papia*, que, a su vez, deriva del verbo onomatopéyico *papear*, cuyo significado, tanto en español como en portugués coloquial, es ‘balbucir, tartamudear, hablar sin sentido’ (D.R.A.E.)¹¹. La palabra *papa*, de hecho, es una expresión coloquial que denota ‘tontería, vaciedad, paparrucha’ (D.R.A.E.). El mismo nombre del criollo, por lo tanto, revela la poca estima de la que gozó esta lengua en sus orígenes”. Sin embargo, en la actualidad el papiamento es, junto con el neerlandés, lengua oficial (denominada *papiamento* en Aruba, *papiamen* en Bonaire y *papiamentu* en Curazao) de esas islas y se usa en la educación, administración, medios de comunicación, obras literarias y música, representando así símbolo de unidad y singularidad cultural antillana. Aunque su léxico proviene mayoritariamente del español, es el resultado de un proceso complejo de contacto lingüístico que incluye influencias del portugués, neerlandés, lenguas africanas y el

9 Para un estudio detallado sobre el léxico, morfosintaxis y fonología del chabacano, papiamento y palenquero, su evolución histórica, el papel en la educación y el futuro de estas lenguas en contextos sociolingüísticos y culturales se recomienda el trabajo de la siguiente autora: Irene López Rodríguez (2019): Una visión panorámica de los criollos de base hispana, *Tonos Digital*, 36: 1-55. También, para la información pormenorizada sobre las características lingüísticas de estas lenguas se recomiendan todos los trabajos de Lipski (2004; 2005, 2010, 2012), Granda (1994); Quilis & Casado-Fresnillo (2008); Steinkrüger (2008); Bachmann (2009); Schwegler (2020), etc. citados en las referencias bibliográficas.

10 Hablado por cerca de 320 000 personas, el papiamento es idioma oficial en Aruba y en las islas vecinas Curazao y Bonaire, y lengua materna o de herencia de los isleños de la diáspora, dispersos por el mundo (Dandaré 2023).

11 Aunque estamos conscientes de que en la actualidad (a partir de la edición nº23 del año 2014) se usa la sigla DLE para designar el *Diccionario de la lengua española*, hemos optado por dejar la versión de DRAE, ya que en los tres casos donde se menciona en este trabajo, se trata de una cita, tomada de otro artículo.

arawak, idioma indígena de la región. El origen del papiamento se remonta a los siglos XVI y XVII, cuando esas islas quedaron bajo control español y más tarde holandés y se convirtieron en un centro estratégico del comercio transatlántico de esclavos. La teoría más aceptada sostiene que el papiamento evolucionó a partir de un proto-criollo afroportugués, hablado por esclavos en la costa occidental de África, que fue traído a las islas por comerciantes portugueses y adaptado en un entorno multilingüe dominado por el español, las lenguas africanas bantúes y luego el neerlandés (Rivera Castillo 2022). La toma de estas islas por los holandeses a mediados del siglo XVII marcó el inicio de una nueva etapa colonial, en la que el papiamento se consolidó como lengua de comunicación entre esclavos, misioneros, colonos y comerciantes (muchos de ellos judíos sefardíes) y, con el tiempo, a pesar de la presencia oficial del neerlandés, se convirtió en la lengua materna de la mayoría de la población.

Este criollo posee dos formas de escritura: la fonética, usada en Curazao y Bonaire, y la etimológica, basada en el idioma español, aplicada en Aruba. Además, posee 32 unidades fonémicas: 9 vocales y 23 consonantes; tanto los sustantivos como adjetivos son invariables; para distinguir entre el masculino y el femenino se recurre a las partículas *homber* y *muhé*: *yu homber* (hijo)/ *yu muhé* (hija); en la formación del plural se usa la partícula de origen africano *-nam/nan*: *casanam* (casas); existe una clara tendencia a omitir los artículos; los verbos no se conjugan por persona y el tiempo, modo y aspecto se marcan con partículas preverbiales como *a / ta* (presente progresivo o habitual), *sa / tabata* (pasado perfecto o imperfecto) y *lo* (futuro); tanto el acento como el tono desempeñan una función de contraste en la lengua: *píska* (pesca) vs. *'piská* (pes-car), etc. (López Rodríguez 2019).

Hoy en día, el papiamento goza de un estatus privilegiado en las islas ABC y, a diferencia de otros criollos de base española, ha logrado una fuerte institucionalización (Rivera Castillo 2022), lo que lo convierte en un ejemplo notable de decolonización lingüística y afirmación cultural de sus hablantes.

Palenquero

El palenquero, hablado¹² en la localidad de San Basilio de Palenque en Colombia, se considera el criollo más antiguo del Caribe (PROEL 2013). Se

12 En San Basilio de Palenque habitan en la actualidad aproximadamente 3,500 personas que corresponden a cerca de cuatrocientas familias. Existe una población palenquera fuera de este territorio que actualmente llega aproximadamente a diez mil personas distribuidas entre

formó en un contexto único, entre comunidades de esclavos cimarrones que fundaron ese poblado (aislado tanto física como socialmente del resto del país) y lograron su independencia del dominio colonial español. De ahí proviene su nombre: “la etimología de palenquero (<*palenque*<occitano *palenc*<latín *palus*, es decir, *palo*, D.R.A.E.) remite a los palenques, las construcciones defensivas elaboradas con palos de madera por los esclavos cimarrones que huían de sus amos europeos en la zona de Cartagena y alrededores” (López Rodríguez 2019: 28). La historia del palenquero o *lengua*, como simplemente se conoce entre sus hablantes, está así íntimamente ligada a la resistencia contra la esclavitud: San Basilio de Palenque fue reconocido oficialmente por la Monarquía hispánica en el siglo XVIII como territorio libre, lo que permitió a sus habitantes preservar prácticas culturales, religiosas y lingüísticas propias. Este criollo representa así un símbolo de autonomía, herencia y resistencia cultural afrodescendiente, por lo que en 2005. fue declarado por la UNESCO como Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad. Es lengua cooficial en este enclave, se limita al ámbito comunitario y ritual, pero se han implementado programas educativos para revitalizar su uso, incluyendo la enseñanza del idioma en escuelas locales (Lipski 2005, 2012).

El vocabulario del palenquero es una mezcla del castellano y portugués antiguo (debido a la estancia prolongada de los africanos en los barcos portugueses de trata de esclavos), así como de algunas lenguas bantúes, principalmente el kimbundo y el kikongo; la presencia de africanismos es palpable en el léxico relacionado con la flora y fauna y la vida cotidiana; los sustantivos y adjetivos, salvo contadas excepciones, son invariables en cuanto al género; para formar el plural se utiliza la partícula *ma* -morfema libre que se antepone al sustantivo- proveniente de las lenguas bantúes: *ma ombre* (los hombres); su estructura sintáctica se aleja del español estándar y mantiene rasgos africanos; sigue el orden SVO con marcadores preverbiales para expresar tiempo, modo y aspecto como *ta / ase* (presente) *tan* (futuro), *a / taba* (pasado); los pronombres personales no se pueden elidir; los adjetivos posesivos van siempre después del sustantivo; existen 5 fonemas vocálicos y 17 consonánticos; se observan fenómenos como la prenasalización de fonemas oclusivos sonoros: *ndulo* (duro), palatalización de /n/: *ñeto* (nieto) y otras asimilaciones y reducciones consonánticas; existe una entonación particular que consiste en la elevación del tono y alargamiento de la última sílaba acentuada en la oración, etc. (López Rodríguez 2019).

Cartagena (50%), Barranquilla (39%), Caracas, Venezuela (6%), el centro del país (4%), y Mai-cao (1%), cit. en Soto et al. (2008).

Junto con su presencia actual en la educación y en los medios locales, el papiamento también posee una tradición oral muy diversa, que incluye mitos, leyendas, cuentos, chistes, historias y décimas, “que permiten la transmisión de la memoria y dan base al conjunto de relaciones sociales, económicas, territoriales y ambientales de la comunidad” (Soto et al. 2008: 148), convirtiéndose así en otro ejemplo de la decolonización lingüística, pluriversalidad y pensamiento fronterizo.

Chabacano

El glotónimo chabacano¹³ (o chavacano) se aplica al conjunto de variedades criollas del español surgidas en Filipinas como resultado del contacto entre las lenguas autóctonas y la lengua colonial y distribuidas principalmente en Zamboanga, Cavite y Ternate. Es el único criollo hispánico que se desarrolló en Asia, lo que lo convierte en un caso excepcional en los estudios de contacto lingüístico (Steinkrüger 2008). Surgió entre los siglos XVII y XVIII, en un contexto de colonización española de las Islas¹⁴, cuando se dio la mezcla lingüística entre el español y diversas lenguas filipinas como el tagalo, cebuano e ilongo, en situaciones de contacto entre soldados, colonos, misioneros y la población local. En Cavite y Ternate se desarrolló en zonas portuarias con fuerte presencia militar, mientras que en Zamboanga se consolidó como lengua comunitaria. El vocablo chabacano “se refiere a algo o a alguien ‘grosero, de mal gusto’ (D.R.A.E.); el nombre ya sugiere la poca consideración dada a este criollo, como constatan otros términos usados para referirse a esta lengua, tales como ‘lenguaje de tienda’, ‘lenguaje vulgar de la calle’, etc.” (López Rodríguez 2019: 36). Por lo tanto, al igual que hemos podido comprobar con los dos criollos de base española antes mencionados, el término “chabacano” inicialmente también tenía una designación y connotación despectiva, implicando corrupción o impureza lingüística, pero en los últimos decenios ha sido reivindicado con orgullo

13 En esta lengua criolla de base española se incluyen diferentes variantes, entre las cuales, la de Zamboanga al sur del país, es la más popular. En total, el número de hablantes de chabacano se estima entre 600.000 – 1.200.000 en este país de casi 110 millones de habitantes y por lo tanto se considera una lengua minoritaria, ver más en: <https://dialogos.online/2021/10/05/ta-entende-tu-el-idioma-chabacano-una-hermana-filipina-de-nuestra-lengua/>

14 Entre 1565 y 1821 las Islas Filipinas formaron parte del Virreinato de la Nueva España y se administraron desde la Ciudad de México, a través del puerto de Acapulco y la famosa ruta marítima de Galeón de Manila.

por sus hablantes y desprovisto de su carga negativa (Andrijević 2023). Lipski (2004: 463) lo define como “una lengua criolla hispano-filipina que combina palabras españolas con partículas gramaticales y configuraciones sintácticas de las principales lenguas filipinas”. El mismo autor subraya que en realidad se trata de varios dialectos hispanocriollos de Filipinas que han surgido en distintas partes del archipiélago y que entre ellos figuran los ya moribundos dialectos de Ternate y Cavite en la Bahía de Manila (reemplazados casi por completo por el tagalo), el ya desaparecido dialecto del barrio de Ermita en Manila y los dialectos chabacanos vestigiales de Davao y Cotabato de la isla de Mindanao. Aparte de las Islas Filipinas, el chabacano se habla también en algunas zonas de Indonesia y Malasia y en ese contexto asiático ilustra la adaptación criolla más allá de América, configurando una identidad lingüística local frente a la hegemonía del inglés y del filipino estandarizado. El dialecto chabacano que más ha desistido a los desplazamientos lingüísticos de los últimos 150 años (la fuerte presencia del español en las décadas finales de la colonia española, la ocupación norteamericana y la implementación masiva del inglés, y las posteriores campañas nacionalistas a favor de la lengua tagala) es el zamboangueno, hablado en la ciudad de Zamboanga y sus alrededores y en algunos otros puntos de Mindanao y de las islas Basilan y Joló. Se trata de la comunidad más amplia del mundo de un criollo de base española, ya que, si se contabiliza a los que tienen el chabacano como primera y segunda lengua, alcanza el medio millón (Lipski, cit. en Andrijević 2023). En Zamboanga y Basilan es el medio de comunicación corriente, se usa en las emisiones de radio, programas de televisión y periódicos; también, los actos religiosos se celebran en chabacano y se utiliza en la enseñanza primaria como lengua vehicular (Andrijević 2023).

Los dialectos chabacanos manifiestan unas modificaciones fonológicas y un repertorio léxico a la vez arcaico y popular, similar al de las zonas caribeñas y mexicanas y el empleo de *vos* como pronombre de trato familiar; el vocabulario fusiona elementos de procedencia española (sobre todo de la variedad hablada en Hispanoamérica, dada su relación secular con México), tagala e inglesa; a diferencia de los otros criollos de base española, el orden de la oración suele ajustarse al esquema VSO, lo que refleja influencia de lenguas austronesias; apenas presenta morfología flexiva, se observa la eliminación de la conjugación verbal y la flexión nominal: los sustantivos, adjetivos, verbos y determinantes son casi siempre invariables y tampoco se indica el género gramatical, pero se usan partículas como *ta* (presente), *ya* (pasado), *ay* (futuro) junto con los pronombres personales obligatorios, que en singular proceden del castellano y en plural de las lenguas filipinas; se

marca el plural con el morfema autóctono *maga*: *el maga casas* (las casas); el sistema fonológico coincide en gran medida con el español pero se nota la ausencia del fonema /f/, es frecuente la aspiración y pérdida de la -s final de sílaba/palabra y la confusión entre *l* y *r*, es habitual el uso del yeísmo y el seseo total; posee el acento distintivo que tiene una función de contraste en la lengua: *nadá* (nadar) vs. *náda* (nada) (Steinkrüger 2008; López Rodríguez 2019; Andrijević 2023).

En la actualidad, el chabacano tiene el apoyo institucional limitado pero creciente y enfrenta una situación desigual según la región. En Zamboanga, sigue siendo una lengua viva, usada en hogares, medios de comunicación regionales y en el sistema público de enseñanza. En Cavite y Ternate, sin embargo, está en peligro de extinción, con pocos hablantes activos y escasa transmisión intergeneracional (Lipski 2004). Sin embargo, en general, podemos concluir que el chabacano representa un ejemplo más de transculturación e hibridación lingüística, donde el español fue transformado en una lengua local propia y elemento de identidad lingüística filipina diferenciada.

Las tres lenguas criollas de base española anteriormente presentadas han sido objeto de diversos esfuerzos de preservación y revitalización, gracias a las políticas y planificaciones lingüísticas¹⁵ impulsadas en sus respectivos países. En el caso del papiamentu, instituciones gubernamentales en Aruba, Bonaire y Curazao han promovido su educación formal y presencia en los medios, consolidando su estatus como lengua oficial (Martinus 1996; Munteanu 1996). Iniciativas educativas en Zamboanga, inducidas por el gobierno filipino, han fomentado el uso del chabacano en escuelas y medios, destacando su importancia cultural a través de festivales y eventos culturales (Quilis & Casado-Fresnillo 2008). En la comunidad afrocolombiana de San Basilio de Palenque, existen diversos esfuerzos escolares y comunitarios por fomentar el palenquero, una lengua criolla que estuvo en peligro, lo que ha llevado a su revitalización significativa en el uso cotidiano (Lipski 2012; Schwegler 2020). Todas esas iniciativas evidencian un proceso de legitimación política y cultural que refuerza la interpretación decolonial y la reivindicación de esos criollos en el marco de sus comunidades lingüísticas y más allá, a nivel global.

15 Sobre las políticas lingüísticas aplicadas a estas lenguas criollas consultar el trabajo de Ćirić y Inosavljević (2013): La posición de los criollos de base española en la política y la planificación lingüística en el mundo hispánico, *Colindancias*, 4: 205-224.

**Marco teórico: transculturación,
hibridación y decolonización lingüística**

El estudio de las lenguas criollas de base española exige un marco teórico que permita comprenderlas no solo como fenómenos lingüísticos simplificados ni parte de un legado colonial, sino como manifestaciones vivas de procesos históricos, culturales y políticos, profundamente enraizadas en dinámicas de poder, resistencia y resignificación, que siguen su trayectoria en los contextos postcoloniales. En este sentido, los conceptos de transculturación, hibridación y decolonización lingüística ofrecen un marco interpretativo interdisciplinar que permite comprender la riqueza y trascendencia de estos sistemas.

Los criollos de base española emergieron en contextos coloniales donde el español se impuso como lengua dominante, pero fue reconfigurado por comunidades esclavizadas y colonizadas que lo mezclaron con lenguas africanas, indígenas, austronesias y europeas no hegemónicas. El papiamento, por ejemplo, incorpora elementos del español, portugués, neerlandés y lenguas africanas; el palenquero conserva estructuras bantúes (sobre todo de la lengua kikongo) junto con léxico español y el chabacano combina el castellano con lenguas filipinas como el tagalo y el cebuano (Lipski 2005). Sin embargo, estos procesos de hibridación lingüística no fueron espontáneos ni armónicos: en realidad, fueron respuestas creativas a condiciones de opresión, exclusión y violencia. En lugar de reproducir pasivamente el idioma del colonizador, las comunidades criollas lo transformaron en una herramienta de comunicación adaptada a sus propias realidades. Esta dinámica puede entenderse como un proceso de transculturación, término acuñado por Fernando Ortiz (1940), para describir el proceso mediante el cual una cultura no solo pierde elementos propios al entrar en contacto con otra dominante, sino que también incorpora y transforma elementos ajenos, generando una nueva síntesis cultural. El proceso de la transculturación describe muy bien el proceso histórico específico del colonialismo y sus efectos, uno de ellos la creación de las lenguas criollas, porque implica tres fases: pérdida parcial de la cultura propia (*deculturación*), adquisición de elementos de otra (*aculturación*) y creación de formas nuevas (*neoculturación*). Las lenguas criollas encajan perfectamente en este esquema porque representan una pérdida parcial de sus lenguas originarias, incorporación forzada de la lengua dominante y creación de un sistema lingüístico nuevo, nacido de ese triple proceso en el que las lenguas en contacto no simplemente se mezclaron, sino que se reconfiguraron mutuamente en entornos marcados por las relaciones coloniales asimétricas. En el caso de las tres lenguas criollas de base española

mencionadas, la transculturación no fue una simple adopción del español, sino una reelaboración del idioma del colonizador a través de estructuras africanas, indígenas y austronesias, creando lenguas nuevas que reflejan tanto las cicatrices coloniales como la creatividad de sus hablantes. Este proceso fue especialmente intenso por las condiciones extremas de contacto forzado y por el hecho de no implicar una mera mezcla y suma de diferentes elementos, sino, según García Canclini (1990), una hibridación¹⁶ activa y creativa, mediante la cual las poblaciones colonizadas transforman el idioma del colonizador generando formas nuevas para expresar sus propias realidades, cosmovisiones y formas de vida. En este sentido, las lenguas criollas no son únicamente el resultado de imposiciones lingüísticas, sino también de procesos activos de reconfiguración, que desestabilizan la hegemonía del español normativo y transforman las jerarquías establecidas por los modelos eurocéntricos de lengua y cultura. Su existencia y persistencia demuestran que, incluso en condiciones de opresión, las comunidades encuentran modos de resignificar lo impuesto y de construir lenguajes propios. Además, la hibridación no es solo lingüística, sino también identitaria: los hablantes de criollo construyen nuevas formas de ser y pertenecer, que desafían las categorías impuestas por el colonialismo. Sin embargo, en este estudio se adopta una lectura crítica desde la teoría decolonial (Mignolo 2007; Quijano 2000), especificando que, en el caso de las lenguas criollas de base española, la hibridación se produjo bajo relaciones de poder desiguales y en un marco de subordinación cultural que condicionó las formas y direcciones de la mezcla. Desde una perspectiva decolonial, la hibridación no siempre es sinónimo de emancipación, porque cuando la mezcla se produce en un marco de asimetría política y social —como el régimen colonial—, existe el riesgo de que funcione como un mecanismo de colonialidad encubierta. En estos casos, el elemento europeo conserva un lugar central, ya sea como lengua de prestigio o como base de referencia, mientras que las aportaciones no europeas se mantienen invisibilizadas o menospreciadas. Este planteamiento obliga a preguntarnos si los criollos deben celebrarse exclusivamente como ejemplos de creatividad híbrida, o si es necesario reconocer que su misma existencia es inseparable de un contexto

16 García Canclini (1990: 15) destaca que prefiere esta denominación “porque abarca diversas mezclas interculturales -no sólo las raciales a las que suele limitarse ‘mestizaje’- y porque permite incluir las formas modernas de hibridación mejor que ‘sincretismo’, fórmula referida casi siempre a fusiones religiosas o de movimientos simbólicos tradicionales”. Hay que destacar que el concepto de hibridación empleado por este autor no se restringe a contextos coloniales y puede aplicarse a diversos procesos de mezcla cultural contemporánea.

de violencia estructural y dominación cultural. Reconocer esta ambigüedad no resta valor a la innovación lingüística de las comunidades que las desarrollaron; por el contrario, visibiliza su capacidad para transformar un instrumento impuesto en una herramienta de identidad y resistencia.

Desde un enfoque decolonizador, los criollos deben ser entendidos entonces como formas de supervivencia y superación lingüística. En ellos se expresa una voluntad de autonomía frente al poder colonial, una afirmación de identidad frente a la homogeneización cultural y una recuperación de saberes ancestrales frente al *epistemicidio* masivo occidental, siendo así ejemplos de cómo las Epistemologías del Sur pueden reinventar el mundo desde la pluralidad y la dignidad (De Sousa Santos 2018)¹⁷. La persistencia de estas lenguas —a pesar de siglos de marginación institucional— demuestra que la lengua no es solo un medio de comunicación, sino también un campo de disputa política y simbólica. Las ideas de Quijano (2000) corroboran esta postura: su concepto más influyente es el de la colonialidad del poder, que plantea que el colonialismo no terminó con la independencia política de los países colonizados, sino que dejó una estructura de dominación que sigue vigente en contextos postcoloniales. La expansión europea desde el siglo XVI no solo impuso formas de control económico y político, sino también una racionalidad eurocéntrica que clasificó a los pueblos del mundo según una jerarquía racial. Esta clasificación —basada en la idea de “raza” como construcción social— justificó la explotación, la esclavización y la subordinación de los pueblos no europeos, naturalizó desigualdades sociales y culturales e impuso una epistemología eurocéntrica, que deslegitimó los saberes autóctonos. Los idiomas criollos han sido históricamente marginados porque no encajan en los modelos lingüísticos europeos y esta exclusión no es solo lingüística, sino epistémica: se niega que estas lenguas puedan expresar conocimiento válido y racional. Desde esta perspectiva, la decolonización no solo debe ser política o económica, sino también epistemológica y

17 De Sousa Santos afirma que las Epistemologías del Sur se refieren a la producción y validación de los conocimientos basados en las experiencias de resistencia de todos los grupos sociales que sistemáticamente han sufrido la injusticia, la opresión y la destrucción causada por el capitalismo y el colonialismo, aclarando que “es un Sur epistemológico, no geográfico, compuesto por muchos sures epistemológicos que tienen en común el hecho de que son saberes nacidos en las luchas contra el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. Se producen dondequiera que ocurran tales luchas, tanto en el Norte como en el Sur geográficos. El objetivo de las Epistemologías del Sur es posibilitar que los grupos sociales oprimidos representen al mundo como propio y en sus propios términos, pues solo así podrán cambiarlo según sus propias aspiraciones” (De Sousa Santos 2018: 28-29).

linguo-cultural. Implica recuperar los saberes, cosmovisiones e idiomas que fueron silenciados durante mucho tiempo.

Veronelli (2016) sigue la línea de Quijano y subraya que la colonialidad del lenguaje es una forma de dominación que comenzó con la conquista de América y que persiste hasta hoy y que el colonialismo no solo impuso estructuras político-económicas, sino también formas de hablar, pensar y comunicar. Las lenguas de los pueblos colonizados fueron deslegitimadas, consideradas “rudimentarias” o “impropias”, y sus hablantes fueron deshumanizados y racializados como “comunicadores simples”. Esta ideología, conocida como el *monolingüajeo*, privilegia una lengua dominante (en la mayoría de los casos europea) y silencia otras formas de expresión, invisibilizando y despreciando no solo las lenguas indígenas, africanas y criollas sino las formas de conocimiento y expresión de los pueblos colonizados, que fueron marginadas y reducidas a lo “folclórico” o lo “primitivo”, mediante el proceso que la autora denomina el despojo epistémico.

Mignolo y Walsh (2018) proponen también una crítica radical de los sistemas de conocimiento eurocéntrico y argumentan que el lenguaje ha sido una herramienta clave del proyecto colonial, utilizado para imponer epistemologías, valores y jerarquías. La decolonización lingüística implica entonces no solo recuperar lenguas subalternas, sino también reapropiarse del idioma del colonizador y reconfigurarlo desde lo local sin rechazarlo del todo—como ocurre en los criollos— para expresar saberes, realidades y visiones del mundo que fueron históricamente silenciadas. En este sentido, las lenguas como el palenquero, el papiamentu o el chabacano no son simplemente “versiones simplificadas” del español, sino espacios de resistencia y creatividad, donde se articula una visión del mundo no occidental. En este marco resulta pertinente incorporar también el concepto de interculturalidad crítica y decolonizadora, tal como lo propone Walsh (2009), para comprender cómo estas lenguas no solo resisten la hegemonía lingüística, sino que también generan espacios de diálogo. A diferencia de la interculturalidad funcional —que suele limitarse a políticas de inclusión dentro del marco dominante— la interculturalidad crítica no busca la inclusión subordinada de lo “otro”, sino la reconfiguración profunda de las relaciones de poder y la coexistencia de epistemologías múltiples que reconocen la legitimidad de saberes no occidentales. En esencia, es una herramienta de resistencia y transformación, que articula luchas sociales, educativas y lingüísticas desde una perspectiva decolonizadora. En este sentido, los criollos son vehículos de ese pensamiento decolonial, que cuestionan las jerarquías impuestas por

el modelo eurocéntrico de lengua, cultura y conocimiento, articulan saberes comunitarios, cosmovisiones ancestrales y prácticas lingüísticas alternativas y abren espacios para la pluralidad de voces, o lo que Mignolo (Mignolo 2007; Mignolo & Walsh 2018) llama la *pluriversalidad*¹⁸. Este concepto, inspirado por el pensamiento indígena, es la piedra angular de su enfoque decolonial, que cuestiona la idea de una única forma de entender el mundo, impuesta por la modernidad occidental y eurocentrada. La pluriversalidad propone una visión donde muchos mundos coexisten con igual legitimidad, donde no hay una sola verdad ni una sola forma de conocimiento, sino múltiples y plantea que cada cultura, cosmovisión y sistema de conocimiento tiene derecho a existir sin ser subordinado al modelo hegemónico. A eso se suman sus ideas sobre la epistemología fronteriza (Mignolo 2003; 2015), como parte del proyecto decolonial que busca dismantlar la colonialidad del poder, del saber y del ser, o sea romper con las estructuras que perpetúan la dominación cultural y epistémica. Es una forma de pensar y producir conocimiento desde los márgenes, desde los espacios donde se entrecruzan diferentes sistemas de saber, que Mignolo define como una respuesta crítica a la imposición de la racionalidad occidental como única forma legítima de conocimiento. En lugar de aceptar el conocimiento producido en los centros de poder (Europa, Estados Unidos), este pensamiento fronterizo busca recuperar y validar los saberes indígenas, afrodescendientes, campesinos, y otras formas de conocimiento subalternas. Las lenguas criollas hispánicas, en este sentido, son ejemplos vivos de esta praxis: aunque derivan del español, no lo reproducen como sistema hegemónico, sino que lo reconfiguran, creando formas pluriversales de comunicación. Por lo tanto, encarnan mundos lingüísticos alternativos y legítimos, producidos desde los márgenes coloniales, que suponen desobediencia epistémica en cuanto a la hegemonía del lenguaje colonial y reivindicación de la capacidad creativa y de los saberes fronterizos de las comunidades subalternas.

Enfoque decolonial para el análisis de las lenguas criollas de base española

El estudio de las lenguas criollas desde una perspectiva decolonial no se limita a describir sus estructuras ni su desarrollo puramente lingüístico, sino que exige tanto una revisión crítica de los marcos epistemológicos tradicionales

18 “Decoloniality promotes pluriversality as a universal option—which means that what ‘should be’ universal is in fact pluriversal, and not a single totality.” (Mignolo, Walsh 2018: 147)

que han subordinado estas formas lingüísticas a puros residuos del colonialismo y paradigmas eurocéntricos, como también una comprensión profunda de los procesos históricos y culturales que han configurado su existencia y su marginalización. Para ello, se han integrado conceptos como transculturación, hibridación, decolonización lingüística, colonialidad del lenguaje, pluriversalidad, pensamiento fronterizo e interculturalidad crítica, como dimensiones interrelacionadas de una misma lógica que permite comprender las lenguas criollas no como anomalías ni objetos lingüísticos marginados, sino como expresiones legítimas de saberes ancestrales y símbolos de resistencia, superación y reconfiguración cultural.

La transculturación (Ortiz 1940) describe el proceso mediante el cual las culturas en contacto no solo se influyen mutuamente, sino que generan nuevas formas de expresión híbridas. En el caso de las lenguas criollas, este proceso se manifiesta en una apropiación activa del idioma del colonizador, o sea, en la fusión y reconfiguración de elementos léxicos, sintácticos y fonológicos entre lenguas en contacto, que transforman las lenguas lexificadoras según las necesidades comunicativas de las comunidades subordinadas. Esta transformación se articula con la noción de hibridación cultural (García Canclini 1990) que ha sido empleada para describir procesos creativos en los que elementos de distintas tradiciones se combinan para generar formas nuevas y autónomas. Sin embargo, no debe entenderse como una pérdida de pureza sino como una estrategia expresiva y de supervivencia cultural que desafía las jerarquías lingüísticas coloniales y reivindica la creatividad de los pueblos subalternos al apropiarse de elementos impuestos y resignificarlos desde sus propias matrices culturales. En el caso de las lenguas criollas de base española, esta categoría parece aplicarse de manera inmediata, aunque no ocurre en igualdad de condiciones: un sistema léxico derivado del español se combina con estructuras gramaticales y fonológicas procedentes de lenguas africanas, indígenas o austronesias, dando lugar a un idioma distinto tanto del español como de sus otras fuentes. La presencia de estructuras gramaticales no hispánicas provenientes de lenguas subordinadas (como, p. ej. los marcadores verbales *a/ ta/ tan/ taba/ tabata/ sa/ lo/ ay/ ya* o los morfemas de plural *ma/ maga/ nam*), revela que estas lenguas no reproducen el español estándar, sino que lo reconfiguran desde una lógica propia. Podemos concluir entonces que la transculturación es un proceso dinámico en el que las culturas se transforman mutuamente al entrar en contacto, lo que en el tema que nos concierne ha llevado a la creación de las lenguas criollas. Estas lenguas son entonces el resultado que emerge de ese proceso de fusión de elementos

que genera sistemas nuevos con reglas propias, o sea, son productos híbridos, que encarnan la capacidad de reconfigurar lo impuesto desde las perspectivas de sus hablantes y convertirlo en herramienta de afirmación identitaria y lucha contra la colonialidad del saber y del lenguaje.

La colonialidad del lenguaje (Veronelli 2016), como parte de la colonialidad del poder (Quijano 2000), se refiere al modo en que las lenguas europeas fueron impuestas como únicas portadoras de racionalidad, ciencia y civilización, relegando las lenguas criollas a posiciones de marginalidad y estigmatización, que se ha reflejado sobre todo en su ausencia de los ámbitos educativos o discursos públicos. Frente a ello, la decolonización lingüística implica no solo la recuperación y revitalización de estas lenguas, sino también la transformación de los imaginarios coloniales que las han definido como “lenguas rotas” o “corruptas”. Eso se manifiesta en la revalorización actual de los criollos de base española — que incluso en sus nombres mismos portaban el estigma sociolingüístico —, a través de prácticas cotidianas educativas, artísticas, y comunitarias que resigifican su importancia simbólica y funcional como portadores de las formas alternativas del pensamiento y ejemplos de la pluriversalidad (Mignolo 2003, 2015). Las lenguas criollas de base española sí que encarnan esa pluralidad de voces, al expresar cosmovisiones que no se ajustan a los cánones lingüísticos occidentales. En este sentido, la epistemología fronteriza permite entenderlas como lenguas que emergen en zonas de contacto, conflicto y negociación, donde se articulan saberes subalternos que desafían las lógicas coloniales del conocimiento y generan alternativas epistémicas desde sus propias experiencias históricas, geográficas e interculturales. Precisamente el enfoque de la interculturalidad crítica, desarrollado por Walsh (2009) - que no se limita al reconocimiento superficial de la diversidad sino promueve el diálogo horizontal entre saberes - permite visibilizar las luchas de los criolloparlantes por el reconocimiento lingüístico, la autonomía educativa y la legitimación epistemológica de las comunidades históricamente excluidas.

La propuesta de colonialidad del poder de Quijano (2000) permite entender cómo las lenguas criollas han sido históricamente subordinadas dentro de un sistema global que jerarquiza no solo economías y razas, sino también lenguas y saberes. En este sistema, el español —como lengua colonial— fue impuesto como símbolo de civilización y racionalidad, mientras que los criollos fueron relegados a posiciones de marginalidad y considerados formas lingüísticas inferiores. Esta lógica se refleja, por ejemplo, en el caso del palenquero, que durante décadas fue excluido de la educación formal en San Basilio de

Palenque y estigmatizado como una lengua “rota”. Sin embargo, los procesos de revitalización liderados por la comunidad y los organismos oficiales (Bodnar Contreras 2015) han desafiado esta colonialidad, reivindicándolo como lengua de resistencia, memoria y conocimiento ancestral afrodescendiente. En el caso del chabacano, la colonialidad del poder se manifiesta en la percepción de esta lengua como una forma vulgar del español, sin legitimidad académica ni valor cultural. No obstante, su uso en medios y escuelas locales, en la administración pública y en expresiones artísticas en Zamboanga (Fernández Rodríguez 2020) revela un proceso de resignificación que cuestiona la jerarquía lingüística impuesta por el colonialismo. El chabacano, al igual que el palenquero, se convierte así en un espacio de producción de saberes desde la frontera, en el sentido que propone Mignolo. El papiamento, por su parte, ha logrado una mayor institucionalización, siendo reconocido como lengua cooficial primero en Curazao y Aruba y recientemente en Bonaire¹⁹. Aun así, su historia también está marcada por la colonialidad del poder, al haber sido considerado durante mucho tiempo como una lengua de esclavos. Su oficialización y uso en la educación y la literatura (Lipski 2004) representan una ruptura con esa lógica colonial y una afirmación de la pluriversalidad lingüística. En todos estos casos, la decolonización lingüística se plasma en unas prácticas concretas que confrontan la estructura de poder que describe Quijano, ya que las lenguas criollas no solo sobreviven, sino que se transforman en herramientas de resistencia y desobediencia epistémica: rechazan la imposición de lenguas coloniales como únicas formas legítimas de expresión y conocimiento. Son lenguas que nacen en la frontera —no solo geográfica, sino epistémica— entre mundos coloniales y mundos subalternos. Al habitar esos espacios fronterizos, encarnan una crítica viva a la colonialidad del poder y una apuesta por la pluriversalidad y mundos

19 En Bonaire, el papiamento sí ha sido oficialmente reconocido a principios del siglo XXI, pero este reconocimiento se fortaleció recientemente. En enero de 2024, el gobierno de los Países Bajos extendió la aplicación de la Carta Europea de las Lenguas Regionales o Minoritarias al Caribe Neerlandés, lo que permitió que el papiamento en Bonaire fuera reconocido bajo la Parte III de la Carta. Esto implica un compromiso formal para proteger y promover el idioma en ámbitos como la educación, la cultura, los medios de comunicación, la administración pública y la vida socioeconómica. Antes de esta ampliación, el papiamento ya tenía presencia en Bonaire, pero no contaba con el mismo respaldo institucional que en Aruba o Curazao. Con este reconocimiento, se refuerza su papel como lengua identitaria y se busca contrarrestar la presión de lenguas dominantes como el neerlandés, el inglés y el español; ver más en: <https://www.government.nl/latest/news/2024/01/29/papiamento-on-bonaire-now-officially-recognised-under-the-european-charter-for-regional-and-minority-languages>

alternativos, contruidos desde la dignidad lingüística y cultural, que reivindica las voces que han sido silenciadas por la lingüística tradicional y pone de relieve los saberes ancestrales como válidos y necesarios. Son lenguas que no responden al canon europeo, sino que emergen de la interacción entre culturas autóctonas y europeas y desafían al monolingüismo colonial, o sea, rompen con la idea de que solo las lenguas coloniales son legítimas. En cambio, muestran que los pueblos colonizados han sido capaces de crear sus propios sistemas lingüísticos, funcionales y ricos, que merecen el mismo respeto. En la lógica pluriversal, cada lengua representa una forma de habitar el mundo y los criollos de base española son un ejemplo claro de que la población oprimida puede crear nuevas formas de comunicación que reflejan sus realidades híbridas.

La decolonización lingüística no se limita así al plano teórico, sino que se manifiesta en prácticas cotidianas, políticas públicas y movimientos culturales que revalorizan lenguas históricamente marginadas e implica el cuestionamiento y la transformación de estructuras de poder que han subordinado históricamente lenguas no hegemónicas, especialmente aquellas surgidas en contextos coloniales. En este sentido, los criollos de base española —como el papiamento, el chabacano y el palenquero— representan espacios de resistencia y reconstrucción identitaria, donde el lenguaje se convierte en herramienta de afirmación de creatividad lingüística y de los saberes desde los márgenes coloniales.

El palenquero es una lengua afrodescendiente que mezcla elementos bantúes y españoles, surgida en el primer pueblo libre de América, fundado por esclavos cimarrones. Se construyó en la frontera entre culturas africanas y coloniales y representa un mundo lingüístico alternativo, no subordinado al español ni al canon occidental. Fue estigmatizado como “lengua rota”, pero hoy se reivindica como símbolo de resistencia afrodescendiente, identidad afrocolombiana y una forma de habitar el mundo desde la memoria de la esclavitud y la libertad. Su uso y revitalización actual liderados por la comunidad local y las instituciones estatales²⁰ son actos de desobediencia epistémica: se reivindica un saber lingüístico que ha sido históricamente silenciado. Desde los años 90 del siglo pasado, se han desarrollado programas de revitalización lingüística del palenquero, liderados por colectivos como *Changolé ri lengua ri Palenge*. La lengua se ha incorporado en rituales, medicina tradicional y proyectos

20 El Instituto Caro y Cuervo de Colombia ha desarrollado investigaciones que vinculan el palenquero con procesos de resistencia afrodescendiente y políticas de etnoeducación; ver más en: <https://lenguasyliteraturasnativas.caroycuervo.gov.co/criollo-palenquero-2/> <https://lenguasyliteraturasnativas.caroycuervo.gov.co/lengua-y-sociedad-en-el-palenge-de-san-basilio/>

etnoeducativos y se han realizado diagnósticos comunitarios y planes de acción para fortalecer su uso intergeneracional (Simarra Obeso 2025). El palenquero se mantiene vivo también en los cantos tradicionales como los bullerengues²¹, que transmiten memoria histórica y resistencia afrocolombiana, en los festivales — como el Festival de Tambores y Expresiones Culturales Afrocolombianas, que celebra esta lengua como patrimonio nacional—, y en la literatura oral: se han recopilado cuentos, proverbios y relatos en palenquero como parte de proyectos de su revitalización. Se han implementado igualmente programas escolares que lo enseñan junto al español en las escuelas locales y se han creado diccionarios y manuales para instruir en la lengua palenquera a nuevas generaciones (Soto et al. 2008; Bodnar Contreras 2015).

El chabacano es una lengua criolla de base española con sustrato filipino, que sigue siendo un símbolo de identidad local en Filipinas. Se habla sobre todo en las costas meridionales del archipiélago, en ciudades como Zamboanga, Cavite y Ternate, y ha sobrevivido al paso de los siglos, las guerras coloniales y los cambios geopolíticos del sudeste asiático. Más que una simple curiosidad histórica, constituye una prueba viva de la globalización temprana, el mestizaje cultural y la resistencia lingüística²². Su existencia revela cómo el colonialismo español dejó huellas lingüísticas que fueron transformadas por los pueblos autóctonos: nació en contextos coloniales de contacto entre soldados, indígenas y esclavos, pero expresa una visión del mundo mestiza, local y no occidentalizada. Aunque ha sido marginado por el inglés y el tagalo, su persistencia es una forma de resistencia cultural y lingüística y su estructura propia y el uso comunitario son formas de conocimiento desde la frontera. En Zamboanga, el chabacano se ha revitalizado mediante educación bilingüe, medios locales (radio y

21 “A grandes rasgos, el bullerengue es un complejo de baile y canto afro-descendiente oriundo del Caribe colombiano, desarrollado en los palenques y conservado por tradición oral, cantado principalmente por mujeres mayores e instrumentado con tambores tradicionales hechos a mano. Aunque en el siglo XXI es un emblema en la construcción de identidad colombiana, su práctica permaneció secreta al perfil cultural del país por más de un siglo, prácticamente indocumentada, y es durante el periodo de aproximadamente los últimos cuarenta años, cuando el bullerengue ha pasado de música invisible, marginalizada, a producto cultural de exportación, a discurso de orgullo nacional, a agente influyente en la cimentación de músicos colombianos en la escena global”; ver más en: <https://www.bullerengue.com/perspectiva-historica>

22 cit. en <https://pueblosindigenas.es/lenguas/chavacano-historia-estructura-vitalidad-y-legado-cultural>, donde se puede leer más sobre la historia, estructura, vitalidad y el legado cultural de este fenómeno lingüístico

televisión) y festivales literarios, se cantan baladas y villancicos en ese idioma, se usa en producciones de cine locales y como símbolo de identidad regional en murales, camisetas y campañas culturales y se promueve activamente su uso en la administración pública y en espacios comunitarios (Fernández Rodríguez 2020). De esta manera se ha resignificado su valor cultural y patrimonial, pasando de ser considerado una forma “vulgar” del español a símbolo de identidad mestiza y resistencia histórica.

El papiamento, hablado en las islas ABC, es una lengua criolla con raíces en el español, portugués, holandés y lenguas africanas, que refleja una historia de esclavitud, comercio y encuentros interculturales. Se desarrolló en la frontera entre Europa, África y América y hoy en día es el idioma oficial y de prestigio en estas tres islas del Caribe neerlandés. Se usa en todos los niveles educativos (desde la primaria hasta la universidad), instituciones gubernamentales, medios de comunicación (radio, televisión y prensa escrita), en obras de teatro, música y poesía, que exploran temas identitarias y sociales, lo que lo convierte en un ejemplo vivo de pluriversalidad institucionalizada que desafía la hegemonía del holandés y reivindica la cosmovisión caribeña. El papiamento ha transitado desde su estigmatización como “lengua de esclavos” hacia su reconocimiento como idioma oficial. Este proceso ha implicado su promoción e incorporación en el sistema educativo, los medios y la producción literaria, desplazando al neerlandés como lengua dominante en muchos espacios públicos. La fundación *Lanta Papiamento* ha impulsado eventos culturales y traducciones que fortalecen su prestigio y legitimidad (Dandaré 2014, 2023). Bachmann (2009) destaca que el estudio del papiamento ha contribuido a una reconfiguración disciplinaria dentro de los estudios criollos, al visibilizar su complejidad estructural y riqueza expresiva.

De esta manera, todos los criollos de base española son ejemplos vivos de cómo el lenguaje puede ser un acto decolonial, símbolo de resistencia y afirmación identitaria. En San Basilio de Palenque el uso del palenquero representa una conexión con la herencia africana y una forma de preservar la memoria colectiva (Lipski 2005); en Aruba, Curazao y Bonaire, el papiamento se ha convertido en un emblema de orgullo nacional (Rivera Castillo 2022), de la misma forma que el chabacano en Filipinas, sobre todo en la región de Zamboanga (Fernández 2015). Históricamente, todas las lenguas criollas, incluidas las de base española, han sido marginadas por políticas lingüísticas oficiales y por la sociedad en sí. Sin embargo, movimientos de revitalización y reconocimiento de estos idiomas han logrado avances importantes, como la oficialización del

papiamento en las Antillas Neerlandesas o el uso del palenquero y el chabacano en las escuelas y medios de comunicación locales en San Basilio de Palenque y Zamboanga (Mignolo & Walsh 2018). En el ámbito educativo, durante mucho tiempo han sido excluidos de los sistemas escolares, lo que ha generado barreras para los estudiantes que los hablan como lengua materna. Últimamente, la educación bilingüe intercultural busca revertir esta exclusión, integrando los criollos como lenguas legítimas de instrucción (Escobar 2007). Al ocupar espacios culturales y educativos, los criollopasantes están desafiando la colonialidad del lenguaje que los relegó al margen. La revitalización, oficialización y el uso cotidiano de estas lenguas criollas son actos de decolonialidad lingüística: no solo resisten al olvido impuesto por el colonialismo, sino que reconfiguran el mapa lingüístico desde el Sur epistemológico.

Finalmente, nuestra pregunta inicial —¿cicatrices coloniales o manifestaciones de decolonización lingüística? — no admite una respuesta concluyente ni excluyente. Las lenguas criollas de base española, aparte de ser fenómenos lingüísticos únicos, son ambas cosas: memoria del trauma y, a la vez, evidencia de la capacidad humana de transformar imposición en creación. Su carácter dual impide clasificarlas de manera unívoca: como cicatrices, conservan huellas del sistema colonial: nacieron en contextos de esclavitud, comercio desigual y jerarquías raciales que niegan la expresividad de lenguas no europeas y no admiten el diálogo intercultural horizontal; como ejemplos de decolonización lingüística, muestran cómo las comunidades subordinadas transformaron un instrumento de dominación en un vehículo de autoafirmación, desafiando el monolingüismo colonial, la racialización y deshumanización de sus hablantes. Su vitalidad, oficialidad, estandarización y presencia en medios de comunicación, discursos públicos, obras literarias y educación formal, después de haber sido marginados durante mucho tiempo, refuerzan esta segunda lectura y demuestran que los criollopasantes están reconfigurando la jerarquía lingüística impuesta por el colonialismo. En la actualidad, las lenguas criollas de base española son visibles en diferentes esferas de la sociedad, encarnan la identidad de sus hablantes, celebran la hibridación y pluralidad lingüística, afirman la creatividad y riqueza de sus sistemas y recuperan los saberes de la periferia y el diálogo desde la diferencia.

A modo de conclusión

Las lenguas criollas de base española son variedades lingüísticas únicas que surgieron del contacto entre el español y lenguas africanas, indígenas o

austronesias en contextos coloniales marcados por dinámicas sociohistóricas complejas. Estos procesos de criollización, que ocurrieron predominantemente entre los siglos XVI y XIX, dieron lugar a nuevas lenguas, con estructuras gramaticales y léxicas propias y funcionales. Aunque conservan componentes significativos del español, los criollos desarrollaron innovaciones lingüísticas distintivas que reflejan las diversas influencias de las poblaciones involucradas (Holm 2000; Lipski 2005).

El surgimiento de lenguas criollas de base española está principalmente vinculado al período de colonización española en América, así como en ciertas regiones de Asia y África. El español se convirtió en la lengua dominante en las interacciones sociales, económicas y políticas, relacionándose con diversas lenguas autóctonas. En contextos de plantaciones y comercio, las condiciones sociales fomentaron la reestructuración del español, dando lugar a lenguas pidgin que luego evolucionaron en criollos estables. Esta adaptación lingüística permitió la comunicación entre comunidades lingüísticas diversas bajo el dominio colonial español (Granda 1994).

El análisis de estas lenguas criollas desde una perspectiva decolonial permite visibilizar no solo su riqueza lingüística, sino también su potencial epistemológico como formas de resistencia frente a la colonialidad del saber. Estas lenguas, nacidas en contextos de violencia, desplazamiento y mestizaje forzado, han sido históricamente consideradas variedades empobrecidas de las lenguas coloniales, marginadas por los sistemas educativos, los discursos oficiales y las políticas lingüísticas que reproducen jerarquías coloniales. Sin embargo, lejos de ser solo vestigios del pasado, cicatrices coloniales, reliquias folclóricas o curiosidades lingüísticas, los criollos de base hispánica —como el palenquero en Colombia, el chabacano en Filipinas y el papiamentu en las Antillas Holandesas— constituyen ejemplos de creación linguo-cultural, transmisión de memoria colectiva y producción de conocimiento situado, vinculado a un contexto geográfico, histórico, cultural y político específico. Son fenómenos lingüísticos y culturales profundamente marcados por la historia del colonialismo, pero también por procesos de resistencia, creatividad y transformación identitaria, o sea, son tanto objetos de estudio como sujetos activos. Su emergencia en contextos de contacto desigual revela tanto las cicatrices del orden colonial como las estrategias de adaptación y reapropiación por parte de las comunidades subalternas.

De esta forma, las lenguas criollas, surgidas en entornos coloniales, encarnan procesos de transculturación e hibridación que desafían las lógicas

epistémicas impuestas por la colonialidad y la modernidad occidental. Desde una perspectiva decolonial, estas lenguas no deben ser vistas como desviaciones del español normativo, sino como expresiones legítimas de saberes situados, contruidos en los márgenes donde Mignolo (2007, 2015) sitúa su concepto de epistemología fronteriza, entendida como una forma de conocimiento que emerge en espacios de intersección, conflicto y negociación entre culturas subordinadas y hegemónicas. Esa epistemología permite comprender que las lenguas criollas no solo son productos lingüísticos, sino también territorios simbólicos donde se articula una resistencia a la colonialidad del lenguaje (Veronelli 2016). Esta colonialidad, como parte de la estructura más amplia de la colonialidad del poder (Quijano 2000), ha relegado históricamente a los criollos al estatus de lenguas “rotas” o “corruptas”, negándoles su capacidad de expresar pensamiento complejo, identidad y memoria. Frente a esta lógica, las prácticas lingüísticas criollas cotidianas se convierten en actos de decolonización lingüística: al reivindicar formas de hablar que no se ajustan a los cánones eurocéntricos y expresar cosmovisiones híbridas y experiencias históricas de resistencia, representan manifestaciones vivas de la pluriversalidad y la interculturalidad crítica que visibiliza su riqueza lingüística y cuestiona las relaciones de poder occidental. Su estudio desafía concepciones tradicionales de la lingüística histórica y pone de relieve la importancia del contacto interlingüístico y de los contextos sociales en la formación de nuevos sistemas. Hoy en día, lejos de ser marginales, los criollos constituyen manifestaciones lingüísticas y socioculturales que permiten comprender la relación entre lengua, historia y poder. Como señala Patiño Rosselli (2002), solo a partir de una perspectiva sociohistórica amplia es posible captar la verdadera esencia de estos idiomas.

En conclusión, las lenguas criollas de base española paradójicamente son ambas cosas a la vez: cicatrices coloniales y ejemplos de decolonización lingüística, y es precisamente esa dualidad la que las hace significativas. Son fruto de una creatividad lingüística innegable, pero también de un cuadro de violencia estructural. Como cicatrices o marcas indelebles del legado colonial, nacen en contextos de opresión, esclavitud, desplazamiento forzado y contacto desigual, donde el idioma del colonizador se impuso como instrumento de dominación. Son lenguas que no habrían existido de no haberse instaurado el sistema colonial, pero que han sido sistemáticamente estigmatizadas durante siglos. Por otro lado, como manifestaciones decolonizadoras, los criollos reconfiguran el mapa lingüístico tradicional y reescriben el esquema epistémico occidental. Representan formas de autoafirmación, reapropiación y desobediencia

epistemológica: a través de los procesos de transculturación e hibridación, estas lenguas han logrado decolonizar el español, transformarlo desde lo local, resignificarlo y adaptarlo a las necesidades expresivas de sus comunidades, convirtiéndolo en un vehículo para articular identidades locales, saberes ancestrales y pensamientos fronterizos que fueron históricamente marginados. Son el testimonio de que incluso en los márgenes del imperio, las comunidades oprimidas encontraron formas de hablar, de existir y de sobrevivir. Con su mera existencia, conservación y revitalización, el papiamento, el palenquero y el chabacano demuestran que el contacto colonial, aunque impuesto y violento, también generó espacios para la creación de sistemas lingüísticos innovadores que hoy representan símbolos culturales y encarnan la resiliencia, identidad y continuidad histórica de sus respectivas comunidades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almeida Suárez 2003: M. Almeida Suárez, *Sociolingüística*, La Laguna: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna.
- Andrijević 2023: M. Andrijević, El viaje y el tornaviaje de la lengua española a Filipinas, *Facta Universitatis Series: Linguistics and Literature*, 21(2), 235-258.
- Bachmann 2009: I. Bachmann, El papiamentu en los estudios criollos: una topografía de la concepción del lenguaje, *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, 7(1), 215-231.
- Bickerton 1984: D. Bickerton, The language bioprogram hypothesis, *Behavioral and Brain Sciences*, 7(2), 173-188.
- Bodnar Contreras 2015: Y. Bodnar Contreras (Coord.), *Lenguas vivas de Colombia. Autodiagnóstico sociolingüístico, Volumen II-Caribe. Tomo I-Pueblo Palenque*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia; Instituto Caro y Cuervo; Oficina de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco).
- Chaudenson 1977: R. Chaudenson, Toward the reconstruction of social matrix of Creole languages, in: A. Valdam (Ed.), *Pidgin and Creole Linguistics*, Bloomington: Indiana University Press, 259-276.
- Clements 2009: J. C. Clements, *The linguistic legacy of Spanish and Portuguese: colonial expansion and language change*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Ćirić, Inosavljević 2013: M. Ćirić & M. Inosavljević, La posición de los criollos de base española en la política y la planificación lingüística, *Colindancias: Revista de la Red Regional de Hispanistas de Hungría, Rumanía y Serbia*, 4, 205-224.

- De Sousa Santos 2018: B. De Sousa Santos, Introducción a las Epistemologías del Sur, in: M. P. Meneses & K. Bidasca (Eds.), *Epistemologías Del Sur: Epistemologías Do Sul*, Buenos Aires, Coimbra: CLACSO/CES, 25-62.
- DeGraff 2005: M. DeGraff, Linguists' most dangerous myth: The fallacy of creole exceptionalism, *Language in Society*, 34(4), 533-591.
- Escobar 2007: A. Escobar, *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Bogotá: Editorial Norma.
- Fernández 2015: M. Fernández, La emergencia del chabacano en Filipinas: pruebas, indicios, conjeturas, in: J. M. Santos-Rovira (Ed.), *Armonía y contrastes. Estudios sobre variación dialectal, histórica y sociolingüística del español*, Lugo: Axac, 175-196.
- Fernández Rodríguez 2020: M. A. Fernández Rodríguez, El español: una lengua viva. Los hablantes de chabacano (criollo hispano-filipino): un manojo de identidades entreveradas, *Anuario del Instituto Cervantes*, 155-179.
- Granda 1994: G. Granda, *Español de América, español de África y hablas criollas hispánicas: cambios, contactos y contextos*, Editorial Gredos.
- García Canclini 1990: N. García Canclini, *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México D.F.: Grijalbo.
- García León 2014: J. E. García León, Una visión global de las lenguas criollas: perspectivas y retos de la criollística, *Folios*, 39, 51-64.
- Holm 1988: J. Holm, *Pidgins and creoles. Vol. I: Theory and structure*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Holm 2000: J. Holm, *An introduction to pidgins and creoles*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lipski 2004: J. M. Lipski, Las lenguas criollas de base hispana, *Lexis*, XXVIII, 1-2, 461-508.
- Lipski 2005: J. M. Lipski, *A history of Afro-Hispanic language: Five centuries, five continents*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lipski 2010: J. M. Lipski, Chabacano y español: resolviendo las ambigüedades, *Lengua y migración / Language and Migration*, 2(1), 5-41.
- Lipski 2012: J. M. Lipski, The "new" Palenquero: revitalization and re-creolization, in: R. L. File-Muriel & R. Orozco (Eds.), *Colombian Varieties of Spanish*, De Gruyter.
- López Rodríguez 2019: I. López Rodríguez, Una visión panorámica de los criollos de base hispana, *Tonos digital: revista de estudios filológicos*, 36, 1-55.
- Martinus 1996: E. F. Martinus, *The Kiss of a Slave: Papiamentu's West African Connections*, Amsterdam: University of Amsterdam.
- McWhorter 2001: J. H. McWhorter, The world's simplest grammars are creole grammars, *Linguistic Typology*, 5(2/3), 125-166.

- Mignolo 2003: W. Mignolo, *Historias locales/diseños globales: Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid: Akal.
- Mignolo 2007: W. Mignolo, *La idea de América Latina: La herida colonial y la opción decolonial*, Barcelona: Gedisa.
- Mignolo 2015: W. Mignolo, *Habitar la frontera. Sentir y pensar la descolonialidad (antología, 1999-2004)*, Barcelona: CIDOB/UACI.
- Mignolo, Walsh 2018: W. Mignolo & C. Walsh, *On Decoloniality: Concepts, Analytics, Praxis*, Durham, NC/London: Duke University Press.
- Mufwene 2001: S. Mufwene, *The Ecology of Language Evolution*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Munteanu 1996: D. Munteanu (en colaboración con S.M. Joubert), *El papiamento, lengua criolla hispánica*, Madrid: Editorial Gredos.
- Ortiz 1940: F. Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana: Jesús Montero.
- Patiño Rosselli 2002: C. Patiño Roselli, Historia y sociedad en la génesis de las lenguas criollas, *Revista de Estudios Sociales*, 13, 109-115.
- Promotora Española de Lingüística (PROEL) 2013: Criollo palenquero, http://proel.org/index.php?pagina=mundo/criollo/caribe_criollo/palenquero.
- Quijano 2000, A. Quijano, Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina, in: E. Lander, (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO, 122-151.
- Quilis, Casado-Fresnillo 2008: A. Quilis & C. Casado-Fresnillo, *La lengua española en Filipinas. Historia. Situación actual. El chabacano. Antología de textos*, Madrid: CSIC.
- Rivera Castillo 2022: R. Rivera Castillo, Creole languages and identity in the Caribbean: Papiamento and beyond, *Journal of Caribbean Linguistics*, 36(1), 45–67.
- Schwegler 2020: A. Schwegler, Palenque (Colombia): African language survivals and their identification, *Romance Languages and Linguistic Theory*, 16, 241–258.
- Simarra Obeso 2025: R. Simarra Obeso, Un diagnóstico sociolingüístico comunitario de la lengua palenquera en marcha, *Agenda Cultural Alma Mater*, 328, 36-40.
- Soto et al. 2008: D. Soto et al., San Basilio de Palenque, Colombia: cultura presente, territorio ausente, in: C. Ranaboldo, & A. Schejtman (Eds.), *El valor del patrimonio cultural: Territorios rurales, experiencias y proyecciones latinoamericanas*, Lima: IEP, 141-174.
- Steinkrüger 2008: P. O. Steinkrüger, The Puzzling Case of Chabacano: Creolization, Substrate, Mixing and Secondary Contact, *Studies in Philippine Languages and Cultures*, 19, 142–157.
- Todd Dandaré 2014: R. Todd Dandaré, *Emancipation of the Papiamentu Language: from language of the slaves to language of the future*, Aruba: Biblioteca Nacional

- Aruba, <https://dn790000.ca.archive.org/0/items/BNA-DIG-ARTICULO-TODDDANDARE-2014/BNA-DIG-ARTICULO-TODDDANDARE-2014.pdf>.
- Todd Dandaré, 2023: R. Tood Dandaré, De lengua de esclavos a lengua de todos: el papiamentoenel Caribe holandés, Übersetzerhaus Looren: <https://looren.net/de/blog-america-latina/de-lengua-de-esclavos-a-lengua-de-todos-el-papiamento>.
- Veronelli 2016: G. Veronelli, Sobre la colonialidad del lenguaje, *Universitas Humanística*, 81, 33-58.
- Walsh 2009: C. Walsh, *Interculturalidad, Estado, sociedad. Luchas (de) coloniales de nuestra época*, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Maja M. Andrijević

SPANISH-BASED CREOLE LANGUAGES: COLONIAL SCARS OR MANIFESTATIONS OF LINGUISTIC DECOLONIZATION?

Summary

This article aims to analyze Spanish-based creole languages as complex sociolinguistic and cultural phenomena, where colonial traces intersect with processes of transculturation, hybridization, and decolonization. Emerging in colonial contexts marked by the forced interaction of peoples, languages, and cultures, these linguistic systems have been interpreted both as remnants of a past of domination and as expressions of resilience and cultural resignification. Drawing on the theoretical frameworks of transculturation (Ortiz 1940), hybridization (García Canclini 1990), and decoloniality (Quijano 2000; Mignolo 2007; Walsh 2009; Veronelli 2016; Mignolo & Walsh 2018), the article explores whether these languages should be understood merely as scars of colonialism—marks of imposition, displacement, and resistance—or as living manifestations of pluriversality and linguistic decolonization or autonomous systems that reconfigure the imperial legacy from the periphery. The analysis focuses on three paradigmatic cases: Papiamentu, spoken in the Dutch Antilles, Palenquero, developed in Colombia, and Chabacano, formed in the Philippines—highlighting the diversity and complexity of their creation and preservation processes. A decolonial reading is proposed that challenges traditional views which reduce them to simplified systems or colonial scars, instead asserting their autonomy, expressive richness, and role as vehicles of identity in postcolonial contexts. From a critical perspective, this article also seeks to contribute to the demystification of linguistic prejudices against creole languages and to promote an approach that values linguo-cultural plurality and border epistemology, aiming to reclaim subaltern knowledge.

Keywords: creole languages, Palenquero, Papiamentu, Chabacano, transculturation, hybridization, linguistic decolonization, pluriversality, border epistemology